

DÍAS CON HERBERT MOROTE

Jorge RODRÍGUEZ PADRÓN

POR LAS VENTANAS, LUZ AZUL y un cielo limpio de invierno. Contraluz de la estatua ecuestre del rey; al fondo, la fachada de Palacio, imponente en su serenidad. Una mañana plácida de plácida conversación; como si nos conociéramos desde siempre: prodigiosa aunque natural sintonía. El escritor y yo hablamos, como se espera, de literatura: el asunto que nos convoca y hermana. Pero de la experiencia común que compartimos: escribir para saber que vivimos. Él, con la idea de serlo desde siempre; tal necesidad, que hasta fijó fecha y lugar (1 de abril de 1990, Madrid) y así fue. Herbert Morote, este peruano de Pimentel y residente en Madrid, empeñado en ver el mundo, y verse en el mundo, a través de la palabra. En modo alguno, andar por los caminos de la celebración pública hasta el poder. Porque del poder sabe; y de cómo se las maneja, más. Para él, por encima de todo eso, está la peripecia humana del propio escritor cuando lo es de verdad. Y en ello coincidimos, con total convicción. Cuando le confieso, convencido como estoy, de que ya no sé qué más, de que mi camino puede haber llegado a su final, y no vale la pena repetir lo mismo indefinidamente, se sorprende pero lo comprende. Sabe muy bien (curioseen en su blog, o como quieran llamarlo: hay *cartas* muy elocuentes contra mitos, tabúes e intocables) que el reto consiste en dejar al descubierto tanta mentira, esa moneda de curso legal hoy, en la transacción política o (esto, mucho peor) intelectual. Liquidado el pensamiento, todo es sucedáneo: el quiero y no puedo de la autoayuda. Sabe, al propio tiempo, que éxito, fama, aplauso no son “la cosa”; que el ego desatentado, en el territorio del pensamiento y de la escritura, antes que de una moral laxa, que también, nos habla de una falta injustificable de pudor.

Herbert Morote, nuestro buen amigo, sólo se reconoce *pata* del lector, a quien en tanta consideración tiene; con quien siempre busca conversación; digo, con quien – como cuando nos encontramos- quiere intercambiar su palabra, su voz. He leído su obra, poco a poco y de forma intermitente. Primero fue su teatro, pues también le hablé de esa vieja inclinación mía. Sus personajes dramáticos, el diálogo tenso e intenso que siempre mantienen, me transmitieron una particular sugestión, fuese en la atmósfera tan bien lograda (insisto, sólo con la palabra) del museo vacío, fuese en la angustia del final cercano de Olivia y Eugenio o el más reflexivo, con zonas de sombra, que encara Monteagudo, cuando recibe la visita de Bolívar. Herbert diría que ésta era una “novela histórica”; para mí, sin embargo, supone un paso más allá de lo novelesco, ¿a la espera de qué? Pero no entraré en tales disquisiciones; que con Toni Tabares habrá de dilucidarlas el propio Herbert a continuación. Cuando me pasó sus libros de ensayo, mi

asombro fue su atrevimiento: *leer* nada menos que la historia del Perú... Y no había allí impostación literaria alguna; ni se iba, en ningún momento, por las ramas de la especulación fácil. Su propósito era encarar la verdad –nada más y nada menos. Quizá por esta franqueza suya nos entendemos tan bien, desde nuestro primer encuentro. Pero también porque, en cierto modo, coincidimos en el asunto.

Durante más de veinte años, yo me había aplicado con entusiasmo a la *lectura* de Hispanoamérica, a través de su novela y, sobre todo, de su poesía. Y no fue precisamente el Perú el lugar en donde menos me detuve; en donde con más escritores mantuve contacto y diálogo (epistolar y personal). Por eso, la razón histórica y existencial de aquel mundo me son tan próximas. Más allá de que César Vallejo fuera una de mis devociones, desde mis años de estudiante. Se trata de lo que vine a saber, más tarde, de todo el proceso histórico para entender el qué de su literatura (de Vallejo a Eguren, de Martín Adán a Westphalen o Eielson; y hasta de José María Arguedas a Julio Ramón Ribeyro). Porque para entender, intentaba decir, necesitaba *entrar* en aquel espacio histórico y social en donde nunca había estado... Eso le decía yo a Herbert, cuando –de pronto- me lanza una mirada cómplice y más que elocuente y, tras esa pausa, añade: “Todos los presidentes de mi país, todos –y baja entonces el tono de la voz, por asombro o tal vez por pudor- todos –repite- han ido presos”. Comprensible, pues, que su lectura del Perú, como digo, sea de primera necesidad: desde *Los ayacuchos*, drama de 1991, a sus reflexiones sucesivas, sean en torno al momento en que, por sí solo, el país hubo de ser responsable de su destino (quienes presumían de protagonistas, ¿fueron capaces de asumir su compromiso?); sean, incluso, en el extremo del más próximo y trágico “sendero luminoso”. Y en el centro de todo, la figura del libertador caprichoso y venal, que se lo creyó. Todo y todos, siempre, *contra* la verdad; y ¿cómo salir de semejante bucle?

A todo eso –nada más ni nada menos- contesta, una vez y otra, Herbert Morote: a criollos logreros que sólo supieron ser *amos*; a la corrupción, esa herencia mayor del tiempo de nuestra descomposición histórica, que la novela picaresca hizo atractiva, y hasta simpática. El bucle: nunca una forma de hacer país; sólo asegurarse la supervivencia cada cual: inmoralidad que sigue vertebrando una cultura que ni con el mestizaje se ha enriquecido como debiera. Anécdota, aquí, de los plagios del buen amigo Alfredo: el ejemplo de su crítica, donde menos lo esperaba Herbert. Lo que me interesa de la postura que adopta nuestro escritor es que se planta y se esmera en apartar la venda de los ojos, para que las vergüenzas queden al aire: no se limita a la historia y a la política, sin más: anécdotas a fin de cuentas; la memoria, para él, siempre presente y lo primero; ese flujo sucesivo y disgregado que conforma el verdadero ser colectivo, sin aquellas máscaras *convenientes*. ¿Por qué, si no, eso lo primero que tachan siempre tantos; incluso quienes se autodenominan *progresistas*, puesto que son quienes más a la intemperie quedarían? Lógica, la intransigencia de Herbert Morote. Y, además, cómo lo dice todo con absoluta naturalidad; con una contundencia y clarividencia en el diagnóstico que no permite titubeo alguno; es más, se sabe que nunca hay trampa ni cartón en lo que nos dice.

Cuando Herbert rinde homenaje a César Vallejo, ante la tumba de París, trae a colación las palabras de César Hildebrandt. Los nombres que éste evoca son los de mis admirados Xavier Abril o Martín Adán; los del esforzado Mariátegui o Salazar Bondy, quienes siempre me ayudaron a saber. Esto decía Hildebrandt:

... había una trama de la inteligencia y del espíritu que sostenía a la esperanza. Y el sostén de la esperanza es la rebeldía. Hoy todo eso parece roto, viejo, arqueológico, los escritores se mueren por complacer a ese gran mundo que los quiere (nos quiere) recibir castrados y pasteurizados (...) los filósofos languidecen en la enseñanza.

Ojalá -me digo- esto último fuera así; al menos, habría una llamita prendida todavía. Pero el crítico concluye:

... nuestros intelectuales construyen castillos de *Lego*, egoísmos ínfimos, avideces de pasado mañana.

¿Eso, cuándo, en dónde? ¿Allá o aquí; ayer u hoy? ¡Qué infantilismo descorazonador! ¿Y no es por ahí, por lo político y lo literario, por donde Herbert llega a mostrarnos, tal cual, a Mario Vargas Llosa, su compañero en el Leoncio Prado y luego en la Universidad? El novelista abandonó, en cuanto tuvo oportunidad, el Liceo militar, camino, desde ese momento, hacia el Nobel, que no a otra cosa. Por su parte, la mirada de Herbert Morote se vuelve, desde entonces, hacia la diversidad mestiza y lingüística, hacia la diversidad religiosa: el humus, que dije memoria hace un momento, del Perú. Y sin hacer la menor ostentación de nada.

Siempre he pensado que, con Vargas Llosa, Herbert Morote condesciende; no quiere hacer más daño del debido y no pone reparo a la calidad literaria de la obra de aquél. Porque el propio Herbert me movió a verlo así: cuando yo no podía saber nada aún de la andadura humana del novelista, tal la relata nuestro autor en su libro, ya me había hecho alguna pregunta al respecto: ¿qué sucede con la obra de Vargas Llosa, a partir exactamente de *La guerra del fin del mundo*; no se precipitó entonces hacia la mera *producción* literaria (aprovechando, claro, su contrastada facilidad), sin que pareciera importarles (no le importaba, hemos comprobado luego) la exigencia que impone toda creación literaria? A mi modesto entender, esa estrategia vital de Vargas Llosa, que Herbert Morote cuenta con todo pormenor, afectó -y mucho- a la calidad de su obra que, a partir de entonces (lo escribí en *Cielo Abierto*, la revista limeña de Javier Sologuren), se limitó a la cómoda repetición de argumentos ya contados, y por ello sabidos, para su uso y disfrute. Algo que sólo le exigiera el esfuerzo de un aplicado amanuense. “La cosa” estaba en el negocio que agentes y editores le ayudaban a mantener. De por qué fue así el proyecto vital de Vargas Llosa –adelanté- da buena cuenta Herbert Morote que tan bien lo conoció: desde las tentativas iniciales hasta las últimas consecuencias que llevarían a la caída del candidato a la presidencia de su país, porque creyó que le valdría con un comportamiento similar. El ensayo de Herbert, *Mario Vargas Llosa, tal cual*, premio Ciudad de Irún, es de una libertad y de una honradez críticas incuestionables; además de su natural modo de decir que lo es de escribir.

No supe, hasta hace muy poco, de *Suerte para todos*, la novela de irónico título que Herbert Morote publicara en 1994. De la que, por cierto, la revista palmera *La Fábrica*, comandada por Anelio Rodríguez Concepción, publicara un adelanto por entonces. Iba a escribir ahora: la novela de su vida; pero me he contenido. Cierto es que se trata de un relato integrado en su biografía; y que traza –si bien nos fijamos– el camino por donde alcanzó ese territorio en el cual quiso fijar la residencia de su existencia: la literatura. Y no sólo lo traza; nos permite conocer también cuáles son los lugares y esquinas que le importan de ese mundo, que le importa que conozcamos por suyo. Hace unas pocas semanas, Herbert quiso hacerme cómplice de su secreto mayor y me entregó un ejemplar de su novela. Atisbos había tenido ya de su natural soltura para contar y, sobre todo, de su capacidad para centrar en sus criaturas y en sus voces las historias que escribe. En particular, supe ahora por qué dijo *novela* de aquel enfrentamiento entre Bolívar y Monteagudo; y por qué conduce a este último hasta el límite de su entrega anunciada y tan digna... ¿Novelista Herbert, entonces? Escritor en el más amplio sentido del término. *Suerte para todos* quiso ser su banco de pruebas; y acabó en una novela de cuerpo entero. En ella, la verdad de su persona y la verdad de las ideas con las que hubo de disputar para salir del enredo que toda vida es, siempre que en ella se persiga la libertad en estado puro: ser lo que uno desea ser para reconocerse como persona; y también como personaje. Primordial en esta novela, la voz (las voces); pero, no menos, el tono que mantiene la narración: otra voz; o, quizá, la primera. Y la sintaxis del relato, que rompe con intención el orden sucesivo de la historia para vincularse a la respiración y verdad de la palabra, sea ésta diálogo o no. Con ello, la posición del narrador: dentro y a ambos lados del relato: el de la trivialidad en que vive el protagonista, aunque no desea esa vida; y el lado del drama que mueve la peripecia y la enriquece como tal. En uno y en otro, el poder y su absoluta indiferencia moral; y también la intriga, muy bien controlada por el escritor, donde ambos lados se enzarzan, tal vemos en las alternativas del ritmo de la narración: una prosa que crece, de manera muy natural, a medida que leemos. No se debe pasar por alto la que he llamado *revancha* del protagonista: deseaba ser escritor y todo jugaba en su contra... ¿A qué, si no, ese epílogo *dos años después*?

Se ha entusiasmado Herbert –me confiesa– con la novela histórica... ¿No ha sido eso lo que ha venido escribiendo, y tan bien, desde sus primeras tentativas? Pero este entusiasmo que dice parece acercarse, creo, a ese género hoy vendible, en manos de los expertos en el negocio y en el éxito editorial; orientado, por ello, al escaparate y a su condición efímera; cuyo destino apunta, por lo mismo, a esos cementerios que son, para el libro, los grandes almacenes o, tal vez peor, los hipermercados. Fe tengo en que no ha de ser éste el caso de nuestro escritor. Pues yo quisiera acabar expresándole mi gratitud por regalarnos este testimonio que, en lo sustancial, es el suyo: sin esconderas ni disimulos; ni siquiera en la ficción, que pudiera haberlo hecho y no hubiese sido *de reptar*. Esta es la razón de que yo esté hoy aquí, acompañándote. Porque, como bien sabes, hace ya más de un año que vengo sufriendo en silencio este confuso mundo de la *producción* literaria y de la extrema fragilidad intelectual, y del uso que de ambas hacen

los medios al imponernos su dictado, sin el menor sonrojo. ¿No se les llena la boca diciéndonos que son *libres*, que somos *libres*? ¿Habrá algún traductor que me aclare el significado de esa palabra? Pues yo siempre creí saber qué representaban términos tan sagrados como libertad o verdad: aspiraciones del espíritu. ¿Quién trata ahora de engañar a quién; y, sobre todo, a santo de qué?